

El autor que nunca existió

 elpais.com/elpais/2014/05/05/eps/1399289193_077035.html

Javier Rioyo

En el casco viejo de Alcalá de Henares me acerqué a la librería de Pepe Quijada, que sigue afanado en vender quijotes. Con voz de tinaja manchega me inquiere: “¿Nadie se piensa acordar de los 400 años del Quijote de Avellaneda? El más alcalaíno. Hay que hacer algo, coño”.

Me hizo volver a la vida cotidiana del siglo XVII, la contrarreforma y la picaresca, la locura de atar de este Quijote –distinta del cervantino– y un Sancho más rústico. No hay amores ideales, el Caballero de la Triste Figura es el Caballero Desamorado. Dulcinea es Bárbara, mondonguera alcalaína, puta venida a alcahueta y conocedora del arte de “revender doncellas destrozadas por enteras, mejor que Celestina”. Por estas y otras cosas dijo Menéndez Pelayo que el libro, siendo estimable, tenía mucho de tosco y vulgar. Escrito por alguien no “puramente pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo, ni el temple de la raza, pero escritor escatológico y de los peor olientes”. Literariamente [lejos del cervantino](#), pero, como recuerda el profesor Rico, durante años fue el Quijote preferido. El tiempo hizo justicia poética. Se cumplen 400 años del misterio literario más estudiado y menos resuelto de nuestra literatura. ¿Quién se ocultaba tras el seudónimo Alonso Fernández de Avellaneda?

Cervantistas de todas las épocas han intentado desentrañar el misterio. El académico [Francisco Rico](#) recomienda acercarse “como si nos acercáramos a una de esas teorías conspiratorias que surgieron después del 11-M. Decir nombres de Avellaneda es como decir que fue ETA. Tonterías o especulaciones de distinta intención”.

AAvellaneda se le llama cobarde, bellaco imitador, ávido de dinero. Se lanzan como candidatos: los Argensola, Lope de Vega, Tirso de Molina, Liñán de Ríaza; sin desechar al propio [Miguel de Cervantes](#). El académico Martín de Riquer señaló a Jerónimo de Passamonte, soldado en Lepanto y autor de una autobiografía de un joven que cae cautivo en galeras. Se dio por aludido cuando en la primera parte del Quijote se le tilda de “famoso embustero y ladrón”. Su manera de vengarse, según Riquer, fue escribir el Avellaneda. Otra “conspiración” hace de Cervantes, y sus agentes literarios, unos adelantados del *marketing* editorial. Artífices de un *fake* para calentar la salida del verdadero segundo [Quijote](#). Es lo que mantiene el libro que escribe Alfonso Dávila.

¿Fue Cervantes capaz de ingeniar tal operación? ¿O simplemente dijo sí a las artes del hábil librero Blas de Robles? Se retrata a Miguel como un joven tartamudo, aficionado a las letras y algo más que amigo de Pedro Laynez, joven poeta del séquito de pajes del Príncipe Carlos, y de Mateo Alemán, futuro autor del *Guzmán de Alfarache*.

Alcanzamos la penúltima historia conspirativa. ¿Es Avellaneda el mismo Cervantes? ¿Lo hizo solo? No. Sostiene Dávila que fue en compañía de su amigo Mateo Alemán, y para tapar deudas y burlar pagos unen páginas escritas entre bromas y veras que entregan al librero Robles, quien maniobra para publicar el famoso apócrifo. ¿Unos genios del *fake*? Gracias por la trampa. Es un libro que hay que leer ahora. O, mejor, según consejo del profesor Rico, esperar a la salida de la edición de Luis Gómez Canseco. Vale.